

El año musical 2012

Pablo Espinosa

2012 será el año de la música del siglo xx.

Antes de la proliferación cibernética, lenta era la velocidad de desplazamiento cronológico en las programaciones de las salas de concierto.

Para quienes deciden lo que se escucha en lugares públicos, casi todo el siglo xx fue decimonónico: Beethoven, Brahms, Schubert, Schumann, Chaikovski, Mendelssohn, *et al.*

Autores de otros siglos aparecieron de esporádica manera, con predominancia por supuesto del barroco, con Bach, Vivaldi y Handel como pioneros de hallazgos múltiples, entre ellos Guillame de Machault, Dietrich Buxtehude y Claudio Monteverdi.

El atraso respecto de la música de reciente factura se paliaba merced a festivales totémicos celebrados en ciudades que tomaban su nombre: Darmstadt, Varsovia, Venecia, Donaueschingen, o bien gracias a la audacia y valentía de directores que se jugaron el pellejo programando música reciente.

El ejemplo de sir Simon Rattle, titular de la Filarmónica de Berlín, es emblemático: desde su llegada a ese podio, la música de Stockhausen, Ligeti, Xenakis y de compositores que aún viven mantiene un equilibrio pasmoso con el repertorio decimonónico.

Por la calidad, interés y frutos demostrados ha logrado conciliar la ansiedad de un amplio sector del público y de patrocinadores que quisieran para siempre la comodidad de los caballitos de batalla. Otros directores en otros ámbitos, por menos de eso, han resultado descabezados debido a tales atrevimientos.

Como el destino siempre nos alcanza, la llegada del 2012 posibilita una aceleración en tales ritmos de *aggiornamento*, dado que por elemental aritmética se cum-

plen centenarios de nacimiento de autores que, de manera sintomática, siguen siendo considerados como “de vanguardia”, lo cual habla de un atraso mayor, puesto que no han surgido, después de ellos, figuras que alcancen tales niveles de innovación, propuestas sólidas, cabalidad.

Me refiero al centenario de John Cage y de Conlon Nancarrow, dos revolucionarios que desbarataron el andamiaje viejo y cimentaron nuevas piedras de toque para el discurso sonoro de la humanidad.

Ya es el momento, entonces, de que la música de estos gigantes se masifique, dejen su nicho de autores de culto y se muestre a cielo abierto lo que hasta el momento está en segundo plano: como influencia en autores que sí gozan de popularidad.

No sería pecar de optimismo, dado que el avance tecnológico brinda aperturas insólitas, en una democratización y potencia comunicativa tal que para nadie sería sorpresa el momento en el que éstos, como otros autores contemporáneos, hagan su entrada triunfal a las salas de concierto tradicionales.

John Cage es un autor tan fascinante que siempre vale la pena volver a él. Ya en un número anterior de esta *Revista de la Universidad de México* nos ocupamos de él y por lo pronto es importante hacer notar que nuevas grabaciones y ediciones se han sumado al de por sí vasto material disponible de este autor.

Son de esperar todo este año los muchos recitales de piano en las distintas modalidades en las que transformó este instrumento John Cage: piano preparado (mediante la colocación de tornillos, tuercas, clavos, pelotas de ping-pong, entre otros objetos que se plantan estratégicamente sobre las cuerdas del arpa interior del piano), pianos de juguete (como el recital de hace al-

gunos años en Guanajuato que ofreció su alumna, la especialista Margaret Leng Tan) o bien piano tradicional, con los recursos de escritura y ejecución tan peculiares que inventó Cage.

La amplitud de horizontes que abrió este autor promete paisajes interminables para los siguientes doce meses, así como las consabidas ediciones discográficas, que aumentarán el ya de por sí amplio abanico de opciones al alcance hasta hoy en día.

La esperanza, más abierta, aún radica en la posibilidad de escuchar en vivo las brillantes partituras de Conlon Nancarrow, cuyo centenario se cumplirá también este 2012.

Tan fascinante como Cage, Conlon Nancarrow amerita mayor atención y espacio, que dedicaremos en ocasión próxima. Vale por el momento adelantar que se trata de uno de los autores definitivos para el futuro, si atendemos a los muchos campos que sembró.

Nacido en Texarkana, Arkansas, el 27 de octubre de 1912, militó en el Partido Comunista, luchó en la Guerra Civil española y luego del acoso del gobierno de Estados Unidos a su regreso, decidió emigrar a México, cuya nacionalidad adoptó y murió mexicano, el 10 de agosto de 1997.

Durante una entrevista me contó del rechazo de los músicos ante su obra. Como nadie quería tocar su música, construyó su propia orquesta mecánica, con llantas de automóvil, fuelles, gongs, entre otros artefactos percutidos, soplados y activados por distintas fuentes naturales de energía. Un espectáculo fascinante era esa orquesta dentro de su casa en la colonia Las Águilas, en la Ciudad de México, construida por el arquitecto Juan O’Gorman.

Son célebres sus obras para pianola mecánica: perforaba él mismo los rollos de esos

pianos, que sonaban solos, a velocidades insólitas. De ahí proviene la metáfora “mil dedos” para designar su producción pianística, que ocupó también una buena parte de su repertorio y es de esperar que se sucedan muy pronto los recitales en vivo con esas piezas exquisitas, así como las que escribió para otros instrumentos tradicionales.

Otro compositor mexicano, José Pablo Moncayo, será hartamente mencionado y sonado todo este año, en conmemoración también de su centenario. Se anunció ya la publicación de sus partituras completas, así como las grabaciones discográficas respectivas. Poblaron los atriles mexicanos sus obras maestras, que hasta el momento han resultado opacadas por la fama de su *Huapango*, elevado inclusive a la condición de un “segundo himno nacional”, dados los excesos efectistas del viejo priismo que sin pudor adoptó a su vez el neopanismo depredador.

En su país natal y en algunos pocos medios musicales sensibles a la diversidad, como México, también se recordará al notable compositor argentino Carlos Guastavino, apenas mencionado en los diccionarios de compositores pero presente de manera constante en programaciones como las de la Dirección de Música de la UNAM.

Otro autor notable, el catalán Xavier Montsalvage, será presencia alternativa debido a su centenario. De hecho ya en el Festival Cervantino de 2010, en octubre pasado, hubo un adelanto con la puesta en escena de su divertida ópera “mágica” *El gato con botas*, escrita en 1948.

Su *Concierto breve* y su *Sinfonía de requiem*, así como su ballet *La muerte enamorada* son algunos de los valores que legó, partituras que desde luego en Catalunya y en otros lugares del planeta habrán de sonar para regocijo de la melomanía.

El último de los compositores de quienes se cumplirá su centenario este 2012 lo será literal y prácticamente, porque es de esos autores de tal elegancia, refinamiento y elevación estética que de manera casi trágica se dirige a minorías, o mejor dicho: las reglas del juego del consumo en las industrias culturales lo confinan al apartado de los autores de culto; me refiero a Jean Francaix (1912-1997).

Compositor emblemático de la gran tradición francesa, Francaix enarbola en consecuencia delicadeza emotiva, elegancia de contenidos y sutilezas formales perfumadas en audacias a granel. También, es de esos autores en quienes la ironía es divisa.

Obras concertantes para piano, música para ballet, y partituras de cámara conforman un manantial de delicias de las que el mundo seguiría privado si es que los programadores de las salas de concierto desaprovechan la oportunidad que brinda la conmemoración del centenario de este autor notable: Jean Francaix.

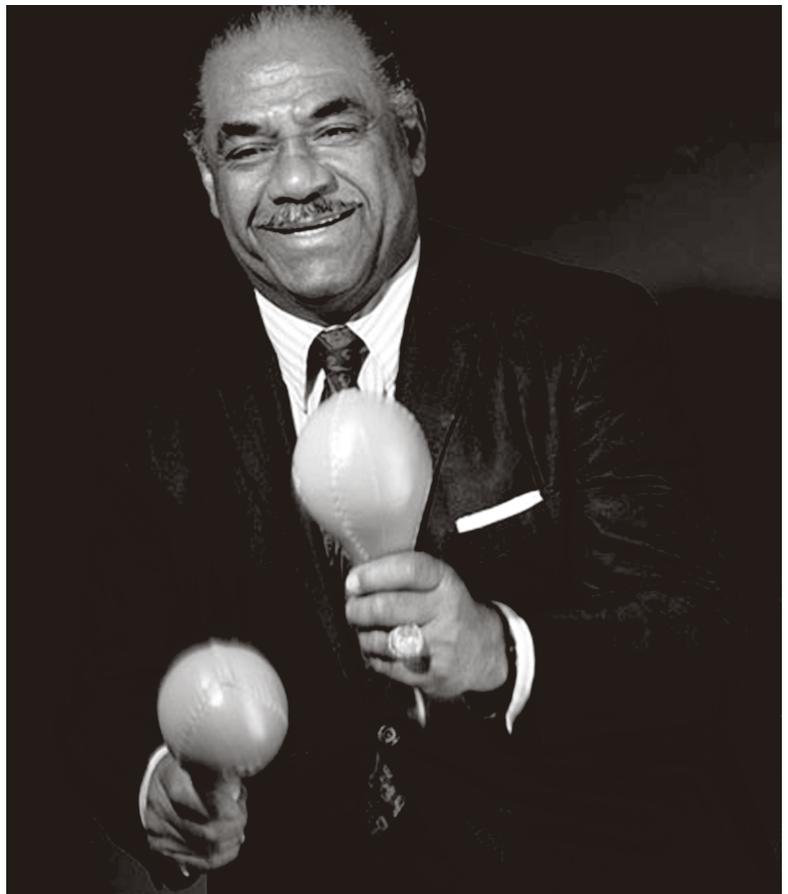
Fuera de estos centenarios, las efemérides musicales de 2012 se desgranarán en cascada. Sin duda alguna, la atención se centrará en Claude Debussy (1862-1918), de quien no se conmemora una efeméride tan redonda y rotunda como un centenario, pero bastará su sesquicentenario para que el entusiasmo generalizado se convierta en recitales, programaciones sinfónicas y ediciones discográficas conmemorativas.

Con Debussy y todos los ejemplos mencionados hasta el momento, se consolida el paisaje de celebraciones musicales de 2012 como el de la conmemoración del siglo xx.

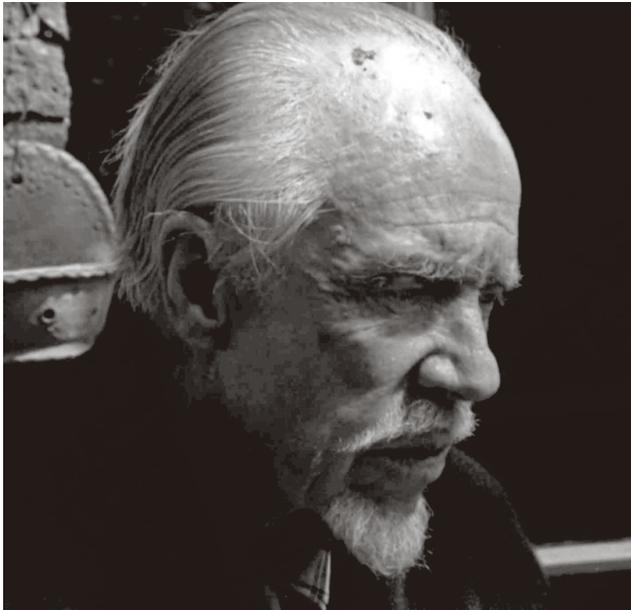
También con Debussy se hace patente que la presencia de la música del siglo xx en las programaciones musicales de todo el mundo sí ha existido pero desfasada a los principios de esa centuria, en detrimento del escaso conocimiento que las mayorías tienen de los autores del resto de esa centuria.



Toña La Negra



Francisco Raúl Gutiérrez Grillo, “Machito”



Conlon Nancarrow



Lightning Hopkins

Porque Debussy nunca ha sido un desconocido, por el contrario es un referente importante como lo son otros autores contemporáneos suyos: Stravinsky, Ravel, Shostakovich, Prokofiev, en una lista insospechadamente abundante.

La mery los tres *Nocturnos* (*Nubes, Fiestas y Sirenas*) son las piezas orquestales más celebradas de Debussy, así como sus entrañables obras para piano. Dada su popularidad, tales obras presentan la apariencia de un autor sin mayores complicaciones formales e interpretativas, cuando se trata en realidad de otro innovador, un artífice del avance del lenguaje sonoro, y para probar el aserto basta la mera mención de su ópera *Pelléas et Mélisande*, piedra de toque de la renovación del género en el siglo XX, junto con *Lulu* y *Woyzeck*, de Alban Berg.

La mer, por ejemplo, contiene una estructura que sigue la proporción áurea, al igual que lo hizo Debussy en otra de sus obras: *L'île joyeuse*. Y en general todas sus partituras son un colosal ensayo, un tratado gigantesco y apoteósico sobre el color orquestal y las distintas sonoridades.

Nombrar entonces a Debussy como “compositor impresionista” resta méritos a la vastedad de hallazgos, multiplicidad de recursos y amplitud de miras y logros que son territorio de disfrute para los sentidos y el intelecto, mérito insondable de su obra entera.

La numeralia otorga en tanto otras efemérides que vale la pena subrayar:

Este 2012 se cumplirá el centenario de cuatro gigantes de la dirección orquestal:

Sergiu Celibidache, Erich Leinsdorf, Igor Markevich y Gunter Wand.

El maestro Sergiu Celibidache, quien por cierto realizó una importante actividad en México, donde dirigió a la Orquesta Sinfónica Nacional, es sin duda uno de los directores de orquesta que realmente establecieron cambios sustanciales en el arte de la dirección orquestal.

Es un buen ejemplo de solidez artística a prueba de todo, una celebridad al mismo tiempo que una figura admirada y reconocida por unos cuantos, si comparamos su fama con la de figuras mediáticas como Herbert von Karajan, cuyo desempeño artístico, ciertamente notable, palidece junto al genio de Celibidache.

Se trata de una figura comparable a Carlos Kleiber, sir John Barbiroli y sir Georg Solti, cuyos estilos y consecuciones los elevan a la condición de dioses del Olimpo de la dirección de orquesta, pero que no son nombrados a la primera en cuanto se aborda el tema de los grandes directores de la historia, donde además del ya nombrado Karajan, se cuelan otros famosos y se quedan fuera verdaderos monumentos, como el caso de Igor Markevich, Gunter Wand y Erich Leinsdorf, gigantes centenarios en 2012.

A las colecciones ya existentes, de las cuales la más cuantiosa y ordenada es la serie Celibidache, en curiosa ironía porque el maestro Cheli, como lo nombramos cariñosamente en México, rechazó las grabaciones discográficas argumentando que los discos son como las fotografías: evocan

un momento pero no son el momento, es decir, ya no constituyen una experiencia estética, porque la música es cuando suena en vivo.

Sin embargo, gracias a sus herederos, quienes decidieron contravenir respetuosamente esas convicciones en favor de las generaciones posteriores, existen grabaciones en DVD y en disco compacto que escancian clases magistrales de dirección de orquesta, amor por la música y sobre todo maneras diferentes de comprometerse con los demás, a través de la música, que en eso consiste verdaderamente lo que muchos confunden con “saber de música”. Más que saber de música, hay que amar la música. O mejor: amar con música.

Y a propósito del término “saber de música”, que yo elijo definirlo como el compromiso que cada persona es capaz de asumir frente al suceso sonoro, con desparpajo, mente abierta, gozo y libertad, viene muy bien cerrar este texto misceláneo de efemérides con la mención especial de otros tres músicos grandiosos cuyo centenario se festejará este 2012:

El genial sonero cubano Francisco Raúl Gutiérrez Grillo, mejor conocido como Machito (1912-1984); también se cumplirán los cien años del gran patriarca del *blues*, Lightnin' Hopkins (1912-1982); así como un siglo de la gran, la inconmensurable maestrísima María Antonia del Carmen Peregrino Álvarez, mejor conocida como Toña La Negra.

Feliz 2012 a todos. **U**